

Una oportunidad perdida para acallar a los fanáticos

Clive Crook

Agosto de 2010

La profundidad del problema para Barack Obama y el Partido Demócrata a medida que EE.UU. se encamina hacia las elecciones de noviembre es discutible, pero no se puede negar que la semana pasada empeoró sus perspectivas. Puede que el presidente haya esperado calmar la controversia sobre el proyecto de mezquita y centro cultural islámico cerca de la Zona Cero en Manhattan, pero la inflamó. Sus partidarios están divididos sobre el tema, con muchos acusando de intolerancia al grueso del electorado. Esto no es bueno.

El temor de los demócratas es que los índices de aprobación de Obama no hayan tocado fondo y que sus últimas acciones han empeorado las cosas. La controversia innecesariamente extendida sobre la mezquita de Nueva York es un ejemplo de eso. Cuando menos, ésta fue una oportunidad perdida para el tipo de liderazgo de Obama es capaz de ejercer.

La disputa se arrastró por meses, recibiendo poca atención fuera de Nueva York. Hace una semana, Obama entró a la pelea. Dijo que la Constitución protege la libertad religiosa y que los desarrolladores de la mezquita estaban en su derecho de construir su centro en el sitio elegido. Mientras muchos demócratas lo celebraban como un acto de gran valentía política, Obama se desdijo: no hablaba de la prudencia del proyecto, sólo de su legalidad.

Si el presidente hubiera hecho su declaración en una sola frase, y se hubiera explicado mejor, el escándalo habría sido mucho menor. Después de todo, en cuanto a lógica, su posición es perfectamente defendible. Pero fue torpe. Nunca es una buena idea dejar en ridículo a un partidario, como le pasó a quienes alabaron su primera declaración. Por encima de todo, tampoco es prudente verse fuera de contacto con las preocupaciones del casi 70% de los estadounidenses que se oponen a poner la mezquita tan cerca de la Zona Cero.

Estos errores encajan fácilmente en críticas más amplias hechas al presidente: que es débil (algo de lo que incluso sus aliados se quejan) y que está fuera de contacto con la realidad estadounidense. La disputa por la mezquita palidece en comparación con la economía como un tema que daña las perspectivas de los demócratas en noviembre, pero importa. Resuena.

Fue una oportunidad perdida también. Hay hebras poderosas de fanatismo en la política de EE.UU. Han estado allí desde el principio. En muchos sentidos, de hecho, la cultura política del país celebra el fanatismo. Esto no es absolutamente malo. Se puede hablar de energía y franqueza, grandes virtudes estadounidenses, llevadas al exceso. Y el genio de la constitución es que mantiene en equilibrio las enojadas facciones del país, por lo que es mucho más difícil que en otros sistemas de gobierno democrático que uno tire al otro. Sin embargo, los peligros son evidentes.

La tendencia fanática sube y baja. Por el momento, está en plena alza. Si uno está en desacuerdo con alguien, afirma la fortaleza de su convicción atacando su buena fe: no sólo está equivocado, es malo. Los liberales acusan a los conservadores de intolerancia; conservadores acusan a los liberales de cobardía o comunismo o algún otro tipo de traición. A pesar de que hay buenos argumentos legítimos en ambos lados del debate de la mezquita, estas acusaciones aparecieron tan pronto como se hizo nacional. A veces, parece que toda la clase política sólo busca la siguiente excusa para declarar la guerra al otro lado.

Muchos estadounidenses, desencantados con Washington y sus costumbres, esperaban que Obama mejorara esta amarga cultura de división. Esto era gran parte de su atractivo en 2008 y ayuda a explicar por qué las expectativas de su presidencia eran tan altas. Por diversas razones -no menos importante, la intransigencia republicana- esas esperanzas no se han cumplido. En este caso, sin embargo, Obama tenía la oportunidad de afirmarse.

Cuando la raza salió a la luz en su campaña presidencial, en la forma del escándalo de Jeremiah Wright, respondió de manera brillante, con un buen discurso unificador que desafiaba al país a estar tranquilo, sobrio y lúcido. El debate de la mezquita era un momento para un discurso de ese tipo.

Haya apoyado o no que el proyecto siga adelante -lo que creo que debe hacer- podría haber recordado al país de sus propósitos comunes, podría haber tratado de unificar, podría haber insistido en la tolerancia y la comprensión en ambos lados. Ese fue el Barack Obama que el país eligió. ¿Adónde se fue?